

Escrito por: bareta

Resumen:

Quise corroborar mi calidad y capacidad femenina, tras el descubrimiento de las preferencias homosexuales de mi esposo, lo demostré con nuestro mejor amigo, que me convirtió en una verdadera zorra.

Relato:

Mi nombre es Silvia, mis medidas corporales, 88-60-90 y 1.85 mts. de estatura, tez y cabellera claras, cuando tenía 20 años, en el trabajo conocí a César y a Hugo, dos inseparables amigos, tras un corto noviazgo, me casé a los 21 años con César, pero nos seguíamos llevándonos de maravilla con Hugo. Mis relaciones sexuales, fueron esporádicas y siempre protegiéndonos de un embarazo, después de un año de matrimonio, hace 6 meses, César, me sorprendió al revelarme que era homosexual, por lo que se iría a vivir con otro hombre, desconcertada y estupefacta, le pregunté:

-¿Con Hugo?

-¡No!, cuando le dije a él, también lo sorprendí y decepcioné, por lo que no hemos tenido comunicación.

César se fue de casa, los trámites de divorcio están en curso, pero los sentimientos encontrados, de desilusión, culpa, aceptación, reproche, despecho, etc., me habían hecho perder la cabeza, tanto que me entró la duda de mi valía como mujer, con lo que ansiaba demostrarme que yo no era la causante de la actitud de mi marido. Dos semanas después de la partida de César, Hugo se presentó en casa, para verificar mi estado de ánimo y tratar de sobre llevar las cosas, por lo que me preguntó:

-¿Ya estás más tranquila?

-¡Sí!, poco a poco lo voy asimilando.

-Es algo que no le podemos cambiar a César.

-No, pero siento que ambos fallamos.

-Y tú ¿Por qué?

-No sé, creo que no fui la esposa que esperaba.

-No dudes eso, la situación de César, según me dijo, es desde hace muchos años.

-¿Tú lo sabías?

-¡No!, lo supo ocultar muy bien.

-Lo que me comentó, es que pocas veces tú y él, tenían relaciones.

-¡Pues sí!, pero pensé que era por el estrés, el trabajo, o por nuestra economía.

-¿Y cómo te sientes?

-La verdad, hasta que no me demuestre yo misma, que funciono como cualquier mujer, quedaré tranquila.

Estábamos sentados en la sala, uno junto al otro, tiernamente me pasó un brazo por la espalda y la otra mano, la puso sobre mi pierna (lo poco que mi falda dejaba ver), diciendo:

-No pienses tonterías, el tiempo te demostrará que tú no tienes culpa de nada.

-Pero... la verdad, es que necesito saber que sirvo como mujer.

-Él nunca me cogió así, ni sentí que me echara sus mocos adentro.

-¿Nunca?

-No, usaba condón y no sé si se vaciaba, y mis orgasmos eran muy ligeros.

-Pero... ¿Ya descubriste lo putita que eres?

-¡Sí, papá!, ¿Te gustó?

-¡Con ese coño y ese culo!, espero que no sea la única vez que te lo meto.

-¡No cariño!, desde ahora soy tu putita, haré lo que sea, pero quiero que tú me sigas cogiendo por todos lados.

-¿Lo que sea?

-¡Sí!, ¿Lo que tú quieras!

-¡Todo lo que diga!

-¡Siiiiiiiiiiiiii!, mientras me sigas dando verga, haré lo que desees y mandes.

Han pasado cinco meses, Hugo me hizo entender que como casado, no soportaría responder en su casa y cogirme a mí muy seguido, por lo que en ocasiones, me visita con algún amigo y mientras observa, mis agujeros disfrutan el placer de estar cogiendo con otras vergas.

Ya no me importa la decisión y preferencias de César, estoy satisfecha y complacida con lo puta que mi amante y amigo me ha convertido, aunque la que más me gusta, es la verga de Hugo, disfruto y gozo las que él me trae para que me las coma gustosamente, sabiendo que soy todo una mujer y una sublime putita.